

flores y de frutos : *Quasi oliva fructifera in domo Dei* (1). Esta es una orden, que como los tabernáculos de Jacob y los hermosos pabellones de Israel, ha dado acogida á la stirpe santa de los profetas, á tantos admirables solitarios, á tantos zelosos predicadores, á tantos sabios teólogos, á tantos generosos confesores, cuya alabanza está en la boca de la Iglesia, y cuyo mérito ha puesto aún en la boca de sus rivales aquellas palabras del libro de los Números dignamente proferidas á favor del pueblo de Dios : *Quam pulchra tabernacula tua, Jacob, et tentoria tua, Israël!* (2) Esta es aquella orden, en la que una constante sucesion de santos expone á nuestra veneracion los Gerardos, los Albertos, los Brocardos, los Francos, los Juanes de la Cruz, las Pelagias, las Adolias, las Magdalenas de Pázis, las Teresas de Jesus. ¡Qué nombres estos tan ilustres en los fastos de la Iglesia! Y solo haberlos pronunciado ¿no es ya haber concluído el elogio de la orden en donde se santificaron? ¿Y puede darse honor mas distinguido que tenerlos por hermanos?

Ello es verdad; pero este no es sino el cuerpo, digámoslo así, de esta fraternidad; y cuál es su espíritu? Su espíritu es acogernos bajo una noble y poderosa proteccion, y asegurarnos la posesion de un tesoro que no podrá consumirlo la polilla, ni sepultarlo en el olvido la culpable avaricia. Porque en fuerza de esta fraternidad, recogéis á manos llenas lo que otros han sembrado, y hacéis vuestros los méritos de María y de los ilustres hijos de esta gran Reina. ¡Oh qué tesoros tan abundantes, qué satisfacciones tan gloriosas! ¿Podrá penetrar vuestra meditacion los méritos de aquella Virgen, que en el idioma de san Bernardino mereció con un solo acto de su espíritu mas que lo que merecieron y pueden merecer los ángeles y los hombres juntos? ¿El mérito de tantos justos, que han gustado los frutos amargos del Carmelo; de tantas vírgenes fervorosas, que caminan por sendas sembradas de abrojos y de espinas? Pues vuestro es este tesoro inagotable, y puedo deciros con san Pablo que la abundancia de estos suple dignamente vuestra necesidad : *Vestra abundantia illorum inopiam suppleat* (3).

Levantád los ojos, y ved la abundancia de vuestras riquezas y de los que os las han congregado para vuestro alivio. Vos-

(1) *Psalm. 51. v. 10.* (2) *Num. c. 24. v. 5.* (3) *II. Cor. c. 8. v. 14.*

otros pelearéis con vuestros enemigos; pero en esta sociedad tenéis un Moises que levante las manos para vuestra defensa : os oprimirá el mar tempestuoso de la tentacion; pero en el Carmelo encontraréis un Pablo, en cuyas manos pondrá Dios las almas de los que navegan con él : vuestra casa se llenará de bendiciones como la de Putifar, porque habéis contraído sociedad con Josef. Pero ¿qué no podéis prometeros, teniendo á María por parte y miembro muy distinguido de este místico cuerpo? Si ella ha querido llamarse vuestra hermana, ha sido para hacerlos respetables, aún en medio de los incircuncisos : *Dic... quod soror mea sis, ut bene sit mihi propter te* (1). ¡Cuántos rasgos de honor y gloria en uno solo!

Esto es lo que ha aficionado á todo el mundo cristiano para vestir el hábito de María : de los pontífices, á los Gregorios, Urbanos, Inocencios; de los reyes, á los Luíses, Eduardos, Felipes; de los sabios, á los Baronios, Belarminos, Tritemios; de la plebe... Pero ¿quién no es cofrade del santo escapulario del Cármén? Respondéd vosotros, pues bien sabéis que serán muy pocos los que no cubran su ignominia, por hablar con Ezequiel (2), con este adorno precioso, ansiosos de gozar del honor particular que nos ha traído esta Señora, echando raíces en el Carmelo, como en su pueblo peculiar. Es lo que ya he demostrado : vamos á ver cómo nos asegura la salvacion con una certeza privilegiada.

PUNTO SEGUNDO.

No pienso abismarme en los insondables decretos de la predestinacion : temo, y con razon, experimentar la humillacion con que castiga Dios á los que se atreven á escudriñar sus juicios. Confieso de buena fe, que cualesquiera que sean las señales de nuestra eterna salvacion, no son mas que conjeturas que sostienen la esperanza, sin disipar enteramente aquel justo temor que deben producir en nuestro corazon las inenarrables determinaciones del Eterno. No hay alguno, dicen las sagradas sanciones de Trento, que miéntras vive en la tierra, pueda saber con certeza lo que se ha decretado en el cielo en orden á su eterna predestinacion ó reprobacion. Pero confieso igual-

(1) *Genes. c. 12. v. 13.* (2) *Ezech. c. 16. v. 8.*

mente que es un sentimiento constante de los fieles, que la devoción á la Madre de Dios es una gran señal de salvación. Los Padres se han explicado con términos tan favorables, que casi dan lugar á creer que los arrebató el zelo, ó los precipitó la devoción. La Iglesia no ha dejado de autorizar esta creencia, poniendo en los labios de la santísima Virgen todas las promesas que se refieren en los Libros santos hechas al Verbo encarnado, como si quisiese dar á entender, que no debemos esperar ménos de la favorable intercesión de María, que de los méritos de Jesucristo. Sobre estos principios, y guardando las precauciones que convienen, quiero decir algo mas particular á favor de los que visten el hábito del Cármén; y así sostengo, que si María ha echado raíces en el Carmelo como en su pueblo de preferencia, ha sido para asegurarnos la salvación con certeza privilegiada. ¿Y sobre qué fundamentos afianzo esta promesa? Vedlos aquí: porque María se ha empeñado á sí misma por salvarnos, y porque nosotros la empeñamos mas fuertemente aplicándonos á esta devoción. Se ha empeñado á sí misma con palabras muy expresivas y con hechos todos milagrosos: esta devoción empeña á María, porque es una devoción que se ha hecho comun y continuada.

Desde luego ¿cuáles son las palabras con que habló María al bienaventurado Estoch? Recibe, hijo, el escapulario, de que hago un presente á ti y á toda tu orden: es la señal y prenda de una alianza especial que yo hago con vosotros; es una señal de predestinación, un broquel contra todos los ataques y en todos los peligros, uno de los mas firmes apoyos en la última hora, y una especie de seguridad contra el formidable peligro de una irrevocable condenación: *Recipe tui ordinis scapulare, in quo quis moriens, æternum non patietur incendium. Ecce signum salutis, salus in periculis, fœdus pacis et pacti sempiterni.* Qué os parece esta promesa? ¿No se ha explicado María á toda luz, y empeñado con palabra de honor á vuestro favor? Os queda algun escrúpulo? ¿Podían ser sus palabras mas formales y ajenas de toda duda?

No ignoro que los Padres han hablado del poder y protección de la santa Virgen con términos no ménos favorables. San Buenaventura quiere que este poder no tenga otros límites que la misma omnipotencia de Dios. San Antonino afirma, que Dios como que no le hace gracia, cuando escucha sus ruegos,

sino que llena una obligación indispensable. San Pedro Damiano escribe, que aquel por quien se digna pedir María, no puede ser eternamente infeliz. Sabemos cuáles son los sentimientos del devoto san Anselmo sobre este particular. Juzga imposible que se pierda el que se consagra al servicio de esta Reina, y se explica con aquellas expresiones llenas de ternura tantas veces repetidas: *Omnis ad te conversus, et à te respectus, impossibile est ut pereat.* Y san German de Constantinopla no ha sido ménos que los otros, cuando ha dicho, que la protección de la Virgen es superior á todo lo que podemos pensar. Altos sentimientos que infunden una gran confianza en la madre de las misericordias. Pero ellos solo son sentimientos de hombres, y servicios hechos á esta gran princesa. Y ¿podremos compararlos con la promesa que María ha hecho al general del Carmelo? La misma María en persona es la que ha prometido á los carmelitas aquella protección que ha sido la materia de los elogios de los Padres. Nosotros no dudamos de su poder; pero ¿quién sino ella nos ha dicho que lo ha empeñado á favor nuestro? *In quo quis moriens, æternum non patietur incendium.*

Sí, señores, para asegurarnos de esta verdad, se ha dejado ver de los sumos pontífices Honorio IV y Juan XXII, para que fuesen testigos de excepción de su promesa, y la autorizasen con bulas dirigidas á la Iglesia. Á este mismo fin ha movido el corazón de mas de treinta pontífices, que derramando los tesoros de la Iglesia á favor de esta devoción, la han acreditado y extendido hasta los fines de la tierra. Dispensádme de hacer una escrupulosa individuación de estos oráculos de la verdad; pero no puedo dejar de decir, que estas gracias fueron concedidas en aquellos dias de discordia, en los que enfurecida la herejía por los golpes que le habia dado el santo Concilio de Trento, redobló sus injustas reprensiones contra el culto de la santísima Virgen y las indulgencias concedidas á las sociedades dedicadas á su servicio. La Iglesia guardó todas las medidas; pero sin mudar de lenguaje: María fomentaba sus ideas. Esta misma madre de santa esperanza ha impreso en el corazón de los fieles la ternura á esta devoción, y creen sobre la palabra de María tener en su santo hábito un muro de defensa contra los enemigos de su salvación. Han pasado mas de cuatrocientos años, y en la Iglesia se conserva con igual fervor la veneración y confianza en la Virgen del Cármén, á pesar de tantos espíri-

lus atrevidos que ha suscitado el infierno de tiempo en tiempo, y que no han omitido arbitrio para desacreditarla. Nada resta para hacer mas solemne el empeño de María, sino que sea ratificado por el mismo Dios; y ¿no es esto de lo que dan testimonio tantos milagros obrados á favor del santo escapulario?

Dios solo puede ser el autor de los milagros, segun la palabra de David (1): *Qui facit mirabilia magna solus*: por consiguien- te todos los prodigios obrados á favor de una devocion son otras tantas palabras, como las llama san Agustin, con las cuales Dios autoriza nuestra credulidad. Los milagros no pueden dar tes- timonio de la mentira; y esta es la razon por que no debemos desconfiar de la promesa que nos ha hecho María: su palabra está confirmada con estupendos milagros. Como los lienzos que tocó en otro tiempo san Pablo, fueron un remedio universal, así el hábito de María ha obrado en nuestros dias curaciones, en las que el arte apuraba inútilmente su solicitud. ¿Cuántos incendios no se han apagado con su virtud toda divina? ¿en cuántas tempestades no ha mandado á los vientos? ¿cuántas ve- ces no ha servido de defensa contra los rayos y centellas? qué escudo hay mas seguro en las batallas? No sé si se habrá olvi- dado la Francia de aquel prodigio obrado á la vista de todo un ejército real en el asedio de Mompeller. La fuerza de una bala se estrella en el pecho de un soldado, y pierde toda su fuerza co- mo en una roca, en el santo escapulario que llevaba. Luis XIII, testigo de este milagro, se cubre inmediatamente con esta ar- madura del cielo, y mostró ser fiel imitador de la piedad de san Luis, cuya sangre circulaba en sus venas, y de quien se dice fué el primero que en la Francia habia dado ejemplo de esta devocion. Todo el mundo cristiano podia darme pruebas ilus- tres, que justifican las promesas agregadas por María á este vestido de bendiccion, y que son fianzas bastante seguras del empeño que ella tiene de nuestra salvacion y de la gloria de su palabra. ¿Cómo, Señor, decia en otro tiempo Moises, habéis resuelto exterminar el pueblo que sacasteis de la servidumbre de un modo tan privilegiado? Vuestros favores le han hecho formidable á todas las naciones; pero si oyen ahora los egip- cios, que estáis empeñado en su ruina, dirán que no le sacasteis al Desierto sino para sacrificarle á vuestra cólera; que los mila-

(1) *Psalm. 135. v. 4.*

gros que obrasteis, solo fueron lazos para sorprender su sim- plicidad, y que no tenéis poder para introducirle en la tierra que le prometisteis: *Ut audiant aegyptii... et dicant...: non poterat introducere populum in terram, pro qua juraverat; idcirco occidit eos in solitudine* (1). Dios se siente tocado de un juicio- so resentimiento; jura por sí mismo, que mirará por su pala- bra, y que no abandonará al pueblo de Israel: *Dimisi, ó como lee otra version, Propitius ero juxta verbum tuum. Vivo ego, et implebitur gloria Domini universa terra* (2).

Y qué? ¿la santa Virgen no se sujetaria á estas reconven- ciones, si despues de obrar tantos milagros á favor de los carme- litas, fuesen eternamente infelices? ¿Cómo, ó Virgen bendita, toleraréis que vuestro pueblo escogido se pierda sin remedio? ¿Le habéis libertado de tantos peligros, y os desentenderéis en el mayor? ¿No es esto poner el triunfo en las manos de los enemigos de vuestro nombre? Porque al fin ninguno podrá per- suadirse á que una madre tan apasionada pueda llegar á este extremo de dureza. Atribuirán á falta de autoridad y de poder lo que puede ser un efecto de justicia; pero no podrán pensar así estos espíritus desconfiados: ella se ha empeñado en abrir la puerta del cielo á sus siervos, é introducirlos en la region de la paz; lo ha prometido solemnemente, y ella sostendrá su pa- labra: el mundo conocerá su grandeza en el cielo y en la tier- ra: *Propitia ero juxta verbum tuum; vivo ego, et implebitur glo- ria mea universa terra*. Á su disposicion están todas las gracias y las misericordias del Señor, dice san Pedro Damiano: con ellas iluminará á los que visten su hábito, moverá su corazon á penitencia, los encaminará con una dulce violencia por las sendas de la verdad: y si aún no despiertan de su sueño mor- tal, renovará á favor suyo en gracia del santo escapulario lo que hizo con el otro infeliz, que traspasado el corazon, sobrevivió á los mortales golpes, hasta que la Providencia le preparó un sa- cerdote que le reconciasse con Dios, á quien habia ingrata- mente ofendido.

Pero si no obstante estos auxilios aún permaneciese en su dureza el que lleva el hábito del Cármén, todavía sostengo, que no podrá condenarse miéntras lo vista, proposicion dura é in- defensable en la apariencia. Dios mismo, dice san Agustin, no

(1) *Num. c. 14. v. 13. 14. et 16.* (2) *Ibid. v. 20. et 21.*

puede forzar una voluntad resuelta á perderse: proposicion segura en mi sentir. Ved cómo la explico: este infeliz morirá en su pecado; pero no morirá con el vestido de María. Ella misma le despojará de su librea, pues no quiere servirse de su proteccion. Le sucederá á este lo que á aquel hombre desesperado que intentando por tres veces sumergirse en las aguas, quedaron inútiles sus esfuerzos, hasta que advirtiéndole que el escapulario estorbaba sus inicuos designios, lo arrojó del cuello, sumergiéndose al instante á lo profundo. Él no pudo morir con este hábito de salud, porque es indefectible la promesa de María: *In quo quis moriens, æternum non patietur incendium.* María se ha empeñado á sí misma en salvarnos en gracia de su santo hábito, y nosotros la empeñamos mas cuando nos dedicamos á su culto, y nos consagramos á esta devocion.

La Religion cristiana es una religion de espíritu y de verdad: los actos exteriores con que reconocemos la soberanía del primer Ser, no solo son esenciales al cristianismo, son tambien los únicos medios con que podemos hacer sensible la gloria que damos á Dios. Y como esta gloria es un bien en que Dios se interesa, si me es lícito hablar así, cuanto mas hacemos públicos los sentimientos interiores que concebimos de su excelencia, tanto mas le empeñamos en que nos reconozca por sus adoradores. Lo que digo de la religion respecto á Dios, se puede aplicar al culto que nos congrega en este templo. La santa Virgen es honrada con estos sentimientos de ternura que conserváis en vuestro corazon; pero el ocultarlos es una señal de flaqueza. Cuando por una expresion sencilla los manifestáis por defuera, ah! entónces tanto mas crece su gloria, quanto es mayor el zelo que mostramos por su servicio, y á medida de su gratitud se muestra mas liberal y da mas á conocer la ternura de su amor.

Y en esto gozan los hijos del escapulario de una ventaja muy privilegiada. Vosotros lleváis al descubierto la librea de esta gran Señora; os declaráis abiertamente por sus intereses, queréis ser reconocidos por sus domésticos, por sus esclavos, por sus hermanos, y por unos domésticos prontos á defender la gloria de su Señora, y por unos esclavos dispuestos á servirla con fidelidad, y por unos hijos vivamente penetrados del amor á su madre: de aquí es, que la santísima Virgen se empeña á declararse en vuestro favor en las ocasiones que se le presen-

tan de protegeros. Y esta es una regla que se observa mucho tiempo há en el mundo de distinguir á un amigo declarado, de otro que solo lo es en secreto; ó sea porque se penetran sus buenas intenciones, ó ya porque se aprecia mas la amistad que no rehusa declararse.

Añadid á esto, que los obsequios que tributan á María los hijos del Carmelo son continuos y permanentes. Las expresiones de vuestro afecto no se limitan á una vez al año, se renuevan todos los meses, todas las semanas, cada dia. Un verdadero hijo del Cármén no se quita del cuello la marca de su servidumbre: sin duda esperan que su fidelidad no quedará sin premio; que el demonio no osará molestar al que tiene en su boca un nombre tan terrible; y que María á título de agradecida no permitirá que caminéis por otros senderos que los que conducen á la eterna salvacion. Vosotros la empeñáis, y no puede ménos de cumplir su promesa: *In quo quis moriens, æternum non patietur incendium.*

No es necesario decir mas para volver á buscar la proposicion principal del asunto: si María ha echado raíces en el Carmelo, lo ha hecho para honraros con particular benevolencia, para aseguraros la salvacion con certeza privilegiada. ¡Ó vosotros los que disfrutáis de esta gloria! no manchéis vuestros vestidos con la sangre de tantos inocentes Josés: no sea este vestido el principio de vuestra ignominia: practicád lo que significa: no queráis ser de la Madre sin el amor del Hijo, ni faltéis á lo esencial del cristianismo, por observar reglas de supererogacion. Á María hemos de caminar por Jesucristo, y á Jesucristo por María: así serán doblados nuestros vestidos, é inmortal la gloria de los hijos del Carmelo.